

CLÁSICOS UNIVERSALES

EL MAGNETIZADOR

E.T.A. HOFFMANN

TRADUCCIÓN DE
JOAN FONTCUBERTA



Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, S.A.

Título original: *Der Magnetiseur. Eine Familienbegebenheit*

© 2010, de la traducción, Joan Fontcuberta
© 2010, de las ilustraciones, Miguel Navia
© 2010, de la ilustración de cubierta, Fernando Vicente
© 2010, Editorial Casals, S.A.
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambulector.com

Coordinación de la colección: Jordi Martín Lloret
Diseño de la colección: Liliana Palau / Enric Jardí
Imágenes del cuaderno documental: © Aisa, © Album/akg-images, © The Bridgeman Art Library, © Ullstein.

Segunda edición: septiembre de 2011
ISBN: 978-84-8343-101-6
Depósito legal: B-28.818-2011
Printed in Spain
Impreso en Índice, S.L.
Fluvià, 81-87. 08019 Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

ÍNDICE

Introducción	9
Los sueños son espuma	21
Carta de Maria a Adelgunde	65
Fragmento de la carta de Alban a Theobald	75
El castillo solitario	85
Del diario de Bickert	91
Cuaderno documental: El hombre perplejo	97

Los sueños son espuma

—Los sueños son espuma —dijo el anciano barón, extendiendo la mano hacia el cordón de la campanilla para llamar al viejo Kaspar, para que éste lo acompañara con una luz hasta el dormitorio porque se había hecho tarde; un frío viento otoñal recorría el mal resguardado salón de verano, y Maria, bien envuelta en su chal y con los ojos medio cerrados, parecía incapaz de resistirse a la modorra—. Y sin embargo —prosiguió, mientras retiraba la mano y se inclinaba hacia delante en la butaca, apoyándose con ambos brazos en las rodillas—, y sin embargo recuerdo más de un sueño curioso de mi juventud.

—Ah, padre —intervino Ottmar—, ¿y qué sueño *no* es curioso? Pero sólo aquellos que anuncian algún fenómeno extraño..., en palabras de Schiller:¹ los espíritus que preceden los grandes destinos, los que, como quien dice, nos empujan

1. Johann Christoph Friedrich von Schiller (Marbach, 1759-Weimar, 1805). Poeta, dramaturgo, filósofo e historiador alemán. Se le considera el dramaturgo más importante de la historia de la literatura alemana.



con fuerza al oscuro y misterioso reino al que a duras penas se abre nuestra mirada confusa, sólo éstos nos cautivan con una fuerza cuya influencia no podemos negar.

—Los sueños son espuma —repitió el barón con voz ahogada.

—E incluso en este viejo proverbio de los materialistas que consideran natural lo más maravilloso y lo más natural, a menudo banal e increíble —replicó Ottmar—, se encuentra una certera alegoría.

—¿También en este viejo y gastado refrán vas a encontrar algo ingenioso? —preguntó Maria con un bostezo.

Ottmar respondió riendo con las palabras de Próspero:²

—¡Descorre las cortinas de tus ojos y ten la amabilidad de escucharme! En serio, querida Maria, si no estuvieras tan amodorrada, tú misma habrías adivinado que, puesto que hablamos de un fenómeno de la vida humana sobremanera espléndido, es decir, los sueños, al asociarlos con espuma, no puedo sino pensar en lo más noble que existe. Y esto es, evidentemente, la espuma del champán efervescente, burbujeante y chispeante del que tampoco tú rechazas algunos sorbos, a pesar de que desprecies, doncella ingrata y melindrosa, cualquier otro zumo de la vid. Fíjate en las mil burbujitas que suben como perlas por la copa y, una vez arriba, hierven espumosas: son los espíritus que, impacientes, se sueltan de las ataduras terrenales. Y así, vive y teje en la espuma el superior espíritu terrenal, el cual,

2. Próspero es el mago protagonista de *La tempestad*, de William Shakespeare (1564-1616).

batiendo las alas con nuevo frescor y libre de la presión de lo material, entra en el reino celestial prometido a todos nosotros, para reunirse gozoso con los espíritus superiores con él emparentados, acepta y reconoce como algo de lo más conocido y familiar todos los maravillosos fenómenos en su sentido más profundo. Por eso, también el sueño puede ser engendrado por la espuma en la que burbujean alegre y libremente nuestros espíritus vitales cuando el sueño se apodera de nuestra vida extensiva, y empezamos una vida superior intensiva en la que no sólo intuimos todos los fenómenos del mundo espiritual, que nos es tan lejano, sino que también los reconocemos realmente, una vida en la que nos cernemos sobre el espacio y el tiempo.

—Me parece estar oyendo a tu amigo Alban —le interrumpió el viejo barón, como desprendiéndose violentamente de un recuerdo en el que se había sumido—. Me conocéis como vuestro contumaz adversario, por lo que digo que es hermoso oír lo que acabas de decir, y puede que ciertas almas sensibles o sensibleras se recreen en ello, pero es falso porque es subjetivo. A juzgar por lo que te entusiasma esta unión con el mundo de los espíritus y qué sé yo qué más, deberíamos creer que el sueño transporta al hombre al estado de la más completa felicidad, pero todos los sueños que he llamado curiosos porque el azar les dio cierta influencia en mi vida (llamo azar a una coincidencia de sucesos ajenos entre sí, que se unen en un fenómeno total), todos estos sueños, digo, eran desagradables, angustiosos incluso, hasta el punto que a menudo enfermé por su culpa, aunque me abstuve completamente de pensar en

ellos, puesto que entonces todavía no estaba de moda perseguir todo lo que la naturaleza ha mantenido sabiamente alejado de nosotros.

—Ya sabéis, padre —replicó Ottmar—, cómo pienso yo, con mi amigo Alban, acerca de lo que vos llamáis *azar*, *coincidencia de circunstancias* y demás. Y en cuanto a la moda de reflexionar, que mi buen padre recuerde que esta moda, fundada en la naturaleza del hombre, es antiquísima. En *Los discípulos en Sais* de Novalis...³

—¡Alto! —se sobresaltó el barón—. No nos enfraquemos en una conversación que hoy tengo tantos motivos para evitar cuanto que no estoy de humor para empezarla con tu arrebatado entusiasmo por lo prodigioso. No puedo negar que precisamente hoy, nueve de septiembre, me asalta un recuerdo de mis años de juventud del que no me puedo deshacer, y si os contara la aventura, Ottmar encontraría en ella la prueba de que un sueño, o un estado soñoliento, vinculado de un modo peculiar a la realidad, tuvo en mí una influencia de lo más adverso.

—Quizá, padre —dijo Ottmar—, podríais darnos, a mí y a mi Alban, una espléndida conferencia sobre las múltiples experiencias que confirman la teoría, recientemente planteada, de la influencia magnética, nacida del análisis del sueño y de los sueños.

—La sola palabra *magnético* me hace temblar —dijo el barón, enojado—, pero tantas seseras, tantas monteras, y

3. Novalis (Friedrich von Hardenberg, 1772-1801). Poeta alemán cuya obra se enmarca dentro del primer romanticismo. En su novela inconclusa *Los discípulos en Sais*, el autor presentaba una visión alegórica de la naturaleza.

ojalá la naturaleza tolere que con manos torpes tiréis de su velo y no castigue vuestra curiosidad con vuestra ruina.

—Padre, no discutamos sobre cosas que nacen de convicciones muy íntimas —respondió Ottmar—. Pero ese recuerdo de vuestra juventud, ¿acaso no puede expresarse en palabras?

El barón se hundió en la butaca y, dirigiendo su expresiva mirada hacia lo alto, como solía hacer cuando se sentía estimulado en su ser más íntimo, empezó:

—Sabéis que recibí mi formación militar en la academia de caballería de B. Entre los profesores allí destinados se encontraba un hombre que jamás olvidaré, ni siquiera ahora puedo pensar en él sin un escalofrío en el alma, sin espanto, diría. A menudo me parece verlo entrar por la puerta como un fantasma. Su colosal estatura se hacía más llamativa a causa de su enjuto cuerpo, que parecía componerse de sólo músculo y nervio. De joven debió de ser un hombre atractivo, pues incluso entonces sus grandes ojos negros lanzaban una mirada ardiente casi imposible de sostener. Ya entrado en los cincuenta, tenía la fuerza y la agilidad de un mozalbete, todos sus movimientos eran rápidos y decididos. En esgrima superaba al más diestro, y apretujaba con las piernas al caballo más salvaje de tal modo que el pobre animal gemía bajo su peso. Había sido comandante al servicio de Dinamarca y, según decían, tuvo que huir porque mató de una estocada a su general en un duelo. Algunos afirmaban que no había sido en un duelo, sino que, a una palabra ofensiva del general, y antes de que éste pudiera defenderse, le clavó un puñal. En fin, huyó de Dina-

marca y con el grado de comandante fue contratado en la academia de caballería para impartir en el curso superior la materia de fortificaciones. Irascible en grado extremo, una palabra, una mirada, podía enfurecerlo, castigaba a sus pupilos con una crueldad refinada y, sin embargo, todo el mundo, incomprensiblemente, le tenía aprecio. Una vez, por ejemplo, el trato que dio a un alumno, en contra de todas las reglas y ordenanzas, llamó la atención de sus superiores y se dispuso una investigación, pero ese mismo alumno sólo se inculpó a sí mismo y defendió al comandante con tanto ardor que tuvieron que eximirlo de toda culpa. Había días en los que no parecía el mismo. El tono habitualmente duro y pendenciero de su voz de bajo adoptaba entonces una sonoridad indescriptible, y uno no podía apartarse de su mirada. Blando y bonachón, hacía la vista gorda ante cualquier pequeña torpeza, y cuando daba la mano a éste o aquél por algo que había hecho especialmente bien, era como si, mediante una fuerza mágica irresistible, lo convirtiera en esclavo suyo, pues hubiera podido ordenarle la muerte inmediata y más dolorosa y su orden habría sido obedecida. Esos días, empero, eran seguidos por lo común de una tormenta espantosa, de la que todo el mundo tenía que huir o resguardarse. Entonces, muy de mañana, se ponía su rojo uniforme danés y recorría incansable a grandes zancadas, y a lo largo de todo el día, tanto en verano como en invierno, el gran jardín anexo al palacio de la academia. Se le oía hablar en danés con una voz terrible, y con gestos vehementes sacaba la daga, parecía habérselas con adversarios temibles, recibía y paraba golpes, finalmente el adversario caía aba-

tido por un golpe bien calculado y él parecía aplastar con los pies el cadáver entre horribles maldiciones e improprios. Después, con increíble rapidez, huía a través de las alamedas, trepaba al árbol más alto y se echaba a reír tan maliciosamente que a nosotros, que podíamos oírlo desde las habitaciones, se nos helaba la sangre en las venas. Tales arrebatos solían durar veinticuatro horas, y observamos que en cada equinoccio lo acometía este paroxismo. Al día siguiente parecía no tener la más mínima idea de nada de lo que había hecho, sólo era más testarudo, colérico y duro que de costumbre, hasta que recuperaba aquel humor bonachón. Ignoro de dónde salían los rumores peregrinos y extravagantes sobre él que corrían entre la servidumbre de la academia e incluso en la ciudad, entre la gente común. Se decía de él que podía conjurar el fuego y curar enfermedades imponiendo las manos o con una simple mirada, y recuerdo que en una ocasión ahuyentó a bastonazos a unos que querían que los curara de este modo. Un viejo inválido, destinado a mi servicio, manifestó sin rodeos que era de todos bien sabido que con el señor comandante ocurrían cosas no del todo naturales, y que una vez, hacía muchos años, durante una tempestad en alta mar, se le apareció el Maligno y le prometió salvarlo de la muerte, así como proveerle de fuerzas sobrenaturales para obrar toda clase de prodigios, cosa que él aceptó entregándose a su voluntad. Ahora tenía que librar duras batallas con el Maligno, al que se veía rondar por el jardín ora como perro negro, ora como otro horrible animal, pero a la corta o a la larga el comandante tendría que sucumbir de manera espantosa. Por absurdos y



banales que me parecieran esos relatos, no podía evitar cierto estremecimiento en mi interior y, pese a que yo correspondiera con apego y lealtad al afecto especial con el que el comandante me distinguía ante todos los demás, sin embargo en mis sentimientos hacia ese hombre singular se mezclaba algo incomprensible que me perseguía de continuo y que yo mismo no me podía explicar. Era como si un ser superior me obligara a permanecer fiel a ese hombre, como si el momento en que desapareciera mi afecto por él hubiera de ser también el momento de mi fin. Si el trato con él me llenaba de cierto bienestar, había también cierto miedo, el sentimiento de una presión irresistible, que me creaba una tensión antinatural e incluso me hacía temblar interiormente. Si llevaba con él mucho tiempo, si me trataba con especial amistad y si, como solía hacer, me contaba toda suerte de cosas extravagantes, clavándome la mirada y reteniendo mi mano en la suya, esa extraña sensación podía llevarme a un estado de total agotamiento. Me sentía enfermo y cansado hasta el extremo de desplomarme. Paso por alto todas las extrañas escenas que viví con mi amigo y superior, cuando incluso participaba en mis juegos infantiles y me ayudaba con celo a construir la inexpugnable fortaleza que yo estaba levantando en el jardín de acuerdo con las más estrictas reglas del arte de la fortificación... Voy al grano... Fue, lo recuerdo con total exactitud, en la noche del nueve de septiembre de 17..., cuando soñé con total claridad, como si ocurriera realmente, que el comandante abría la puerta de mi habitación sin hacer ruido, se acercaba lentamente a mi cama y, mirándome de forma terrible con sus

huecos ojos negros, me ponía la mano sobre la frente, encima de los ojos, a pesar de lo cual yo podía verlo de pie delante de mí... Gemí de congoja y de miedo... Y entonces él dijo con voz apagada: «¡Pobre criatura, reconoce a tu amo y señor! ¿Por qué te tuerces y retuerces en tu esclavitud, de la que en vano te esfuerzas en desprenderte?... Yo soy tu dios, que penetra tu interior y ve con toda claridad todo lo que en él has ocultado jamás o pretendes ocultar. Pero para que no oses, gusano, dudar de mi poder sobre ti, entraré en el taller más secreto de tus pensamientos de un modo que incluso a ti te será visible.» De repente vi en su mano un instrumento afilado e incandescente con el que me perforó el cerebro. El grito horripilante de pavor que proferí me despertó bañado en un sudor frío... Estaba a punto de desmayarme. Finalmente me repuse, pero una atmósfera sofocante y bochornosa llenaba la habitación, y me parecía oír la voz del comandante que me llamaba por mi nombre de pila repetidamente y desde muy lejos. Lo consideré un efecto del horrible sueño; salté de la cama y abrí las ventanas para dejar entrar aire fresco en el cuarto. Pero, cuál no fue mi espanto cuando, en mitad de la noche de luna llena, vi al comandante en su uniforme de gala, tal como se me había aparecido en sueños, atravesar la alameda principal en dirección a la puerta enrejada que llevaba a campo abierto. La abrió de un tirón, la cruzó y la cerró de golpe tras de sí con tanta fuerza, que goznes y cerrojo crujieron y rechinaron, y el estrépito retumbó hasta muy lejos en la silenciosa noche. «¿Qué busca el comandante en los campos en mitad de la noche?», pensé, y me asaltó una indescriptible

sensación de miedo y de inquietud. Como impulsado por una fuerza irresistible, me vestí rápidamente, desperté al bueno del inspector, un piadoso anciano de setenta años, el único a quien el comandante temía y respetaba incluso en sus peores ataques de paroxismo, y le conté tanto mi sueño como la escena posterior. El anciano me escuchó con gran atención y dijo: «También yo he oído cerrarse la verja con fuerza, pero lo he atribuido a engaño de los sentidos... En cualquier caso, era muy posible que al comandante le pasara algo raro, por lo que será conveniente inspeccionar su habitación.» La campanilla despertó a profesores y alumnos, y con luces, como en una procesión solemne, recorrimos el largo pasillo hasta el cuarto del comandante. La puerta estaba cerrada, y vanos intentos de abrirla con la llave maestra nos convencieron de que el cerrojo estaba echado por dentro. La puerta principal por la que tuvo que pasar el comandante para salir al jardín también estaba cerrada con llave y pestillo, como en la noche anterior. Cuando todos nuestros gritos quedaron sin respuesta, forzamos la puerta y..., ¡el comandante yacía muerto en el suelo, con la mirada horriblemente fija y los labios rebosantes de espuma sangrienta, vestido con el rojo uniforme de gala danés y empuñando fuertemente la daga con mano agarrotada! Todos los intentos de devolverlo a la vida resultaron estériles.

El barón calló. Ottmar estaba a punto de decir algo, pero se retuvo y, con la mano en la frente, parecía querer poner orden y concierto a todo lo que tenía intención de manifestar acerca del relato. Maria rompió el silencio al exclamar:



—¡Ah, padre, qué espantoso suceso! Veo al terrible comandante de pie ante mí, con su uniforme danés, mirándome fijamente. Esta noche no podré dormir.

El pintor Franz Bickert, fiel amigo de la casa del barón desde hacía quince años, no había tomado parte hasta entonces en la conversación, como solía hacer a veces, sino que había estado paseándose de un lado a otro, con los brazos entrelazados en la espalda, haciendo toda clase de ademanes grotescos e incluso ensayando de vez en cuando algún salto cómico. Entonces estalló:

—La baronesa tiene razón. ¿A qué vienen esos relatos horripilantes, esas historias extravagantes, justo antes de ir a la cama? Cuando menos, esto va en contra de mi teoría del sueño y de los sueños, que se basa en la pequeñez de unos cuantos millones de experiencias. Si el barón ha tenido pesadillas, es simplemente porque no la conoce y por lo tanto no podía proceder en consecuencia. Cuando Ottmar habla de influencias magnéticas, del efecto de los planetas, y de qué más cosas sé yo, puede que tenga razón, pero mi teoría forja la armadura que ningún rayo de luna puede penetrar.

—Vaya, pues estoy realmente ansioso por conocer tu brillante teoría —dijo Ottmar.

—Que hable Franz —intervino el barón—. Pronto nos convencerá a todos de todo lo que quiera y como quiera.

El pintor se sentó frente a Maria y, tomando una pizca de rapé con cómica afectación y una sonrisa dulzona de lo más grotesca, empezó:

—¡Honorable auditorio! Los sueños son espuma, he aquí un viejo y tosco refrán auténticamente alemán, pero Ottmar

lo ha refinado y sutilizado tanto que, mientras hablaba, yo sentía cómo me subían a la cabeza en toda regla las burbujas surgidas de la tierra para desposarse con el supremo principio del espíritu. Pero, por otro lado, ¿no es nuestro espíritu el que prepara la levadura de la que surgen esas partes más sutiles que no son sino el producto de este mismo y único principio? ¿Encuentra nuestro espíritu sólo en sí mismo todos los elementos, todos los accesorios a partir de los cuales, siguiendo la metáfora, prepara la levadura, o le viene ayuda de fuera?, me pregunto, y rápidamente respondo: la naturaleza entera, con todos sus fenómenos, no sólo lo asiste, sino que además ofrece, en el espacio y el tiempo, el taller en el que él, creyéndose un artesano libre, crea y trabaja como obrero únicamente para los fines de aquélla. Con todo lo exterior, con toda la naturaleza, mantenemos una relación física y psíquica tan estrecha, que romperla, si fuera posible, destruiría nuestra existencia. Lo que llamamos vida intensiva está condicionada por la extensiva, es sólo un reflejo de ésta, en la cual, empero, las figuras y las imágenes, como captadas en un espejo cóncavo, se muestran a menudo en relaciones diferentes y por ello resultan fantásticas y extrañas, a pesar de que estas caricaturas tengan sus originales en la vida. Me atrevo a afirmar que nunca un hombre ha pensado o soñado en su interior algo cuyos elementos no pudieran encontrarse en la naturaleza; nadie puede salirse de ella. Salvo impresiones externas inevitables, que perturban nuestro ánimo y lo sumen en un estado de tensión antinatural, por ejemplo un terror repentino, una gran pesadumbre, etcétera, creo

que nuestro espíritu, si se mantiene humildemente dentro de los límites asignados, puede preparar cómodamente, a partir de los fenómenos más agradables de la vida, la levadura de la que luego saldrán las burbujas que, en palabras de Ottmar, forman la espuma del sueño. Yo, por mi parte, cuyo buen humor, como presumo que me concederéis, es inalterable sobre todo al anochecer, preparo expresamente los sueños de la noche haciendo pasar por mi cabeza toda suerte de cosas extravagantes que después, por la noche, mi fantasía se representa de un modo sumamente divertido en los colores más vivos. Pero lo que más me gusta son mis representaciones teatrales.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el barón.

—En el sueño —prosiguió Bickert—, como ha observado un ingenioso escritor, somos los más espléndidos autores y actores dramáticos, por cuanto concebimos perfectamente cualquier personaje ajeno a nosotros con todos sus rasgos individuales y lo representamos con la más perfecta veracidad. En esto me baso entonces, y a veces pienso en las múltiples aventuras cómicas acaecidas en mis viajes y en los muchos personajes cómicos con los que conviví; y luego, por la noche, mi fantasía hace aparecer dichas personas con todos sus rasgos estrafalarios y sus necesidades, ofreciéndome el espectáculo más divertido del mundo. Es como si antes de la noche dispusiera sólo del cañamazo, del esbozo de la obra, y luego, durante el sueño, todo se improvisara con fuego y vida a voluntad del autor. Llevo en mí todo el elenco del actor y empresario Sacchi, que representa los cuentos de Gozzi con todos los matices sacados de la vida

misma de un modo tan expresivo que el público, al que yo a mi vez represento, cree estar viendo algo real.⁴ Como he dicho, separo estos sueños como quien dice provocados voluntariamente de los engendrados por un estado de ánimo especial, fruto de un azar exterior, o por una impresión física externa. Así, los sueños que a veces nos atormentan casi a todos, como por ejemplo caerse de una torre, morir decapitado, etcétera, son provocados por algún dolor físico que el espíritu, más separado en el sueño de la vida animal y trabajando sólo para sí mismo, interpreta a su manera y les atribuye la causa fantástica que mejor se acomoda a su serie de representaciones. Recuerdo haber soñado que me hallaba tomando ponche con un alegre grupo de compañeros; un oficial fanfarrón se burlaba constantemente de un estudiante, hasta que éste le tiró un vaso a la cara; entonces se produjo una pelea general, y yo, que quería poner paz, salí con una seria herida en la mano, de modo que el punzante dolor me despertó..., y mirad..., mi mano sangraba de veras, porque me la había rasgado con un grueso alfiler escondido en la colcha.

—¡Vaya sueño agradable que te preparaste, Franz! —exclamó el barón.

—¡Ay, ay! —dijo el pintor con voz plañidera—. ¿Quién puede luchar contra el castigo que el destino nos impone? La verdad es que también yo he tenido sueños terribles,

4. Carlo Gozzi (Venecia, 1720-1806). Escritor italiano. Promovió, junto con su hermano Gasparo, la Accademia Letteraria dei Granelleschi, de tendencia conservadora.

angustiosos y aterradores, que me hacían sudar de miedo y me exasperaban.

—Cuéntalos —gritó Ottmar—, aunque echen por tierra tu teoría.

—Por el amor de Dios —se quejó Maria—, ¿es que no me tenéis ninguna consideración?

—¡No! —profirió Franz—. ¡Basta de consideraciones! También yo he soñado cosas espantosas, como todo el mundo. ¿Acaso no estuve invitado a tomar el té con la princesa de Amaldasongi? ¿No llevaba puesto el más suntuoso uniforme con galones y el chaleco bordado? ¿No hablaba el más puro italiano, *lingua toscana in bocca romana*?⁵ ¿No me enamoré de esa soberbia mujer, como corresponde a un artista? ¿No le estaba diciendo las cosas más sublimes, divinas y poéticas, cuando una mirada casual hacia abajo me hizo observar con espanto que ciertamente me había vestido con todo esmero como manda la etiqueta, pero que había olvidado los pantalones?

Antes de que nadie se enojara con semejante descortesía, Bickert prosiguió lleno de entusiasmo:

—¡Dios mío! ¿Qué más puedo decir de los muchos tormentos infernales de mis sueños? ¿No regresé a mis veinte años y quise bailar todos los bailes con la señorita? ¿No empleé mis últimos ahorros en volver mi vieja levita del revés para darle un toque nuevo y comprarme un par de medias de seda blanca?... Y cuando al final llegué felizmente a la puerta

5. *Lingua toscana in bocca romana*: «La lengua toscana en boca romana.» Dicho popular italiano que alude al prestigio del acento romano, que embellece el italiano, es decir, la «lingua toscana».

de la sala resplandeciente de mil luces y de gentes bellamente ataviadas y entregué mi tarjeta, ¿no abrió el diabólico cancerbero⁶ la puerta de un pequeño horno diciendo, con una cortesía como para estrangularlo, que tuviera la bondad de pasar por allí, pues era la manera de entrar en la sala? Pero todo eso son pequeñeces comparado con el espantoso sueño que anoche me acongojó y torturó. ¡Ah!, yo era un pliego de papel, estaba justo en el centro, como marca de agua,⁷ y alguien (en realidad era un poeta satánico muy conocido, pero dejémoslo en alguien), ese alguien, pues, tenía una pluma de ganso, desproporcionadamente larga, cortada con mala intención en dientes bífidos, y me rascaba con ella todo el cuerpo, pobre de mí, mientras escribía versos desmañados. ¿Y acaso otro Satanás anatomista no me desarticuló como a un títere para su diversión e hizo conmigo toda suerte de experimentos diabólicos? Por ejemplo, ¿qué parecería, si me saliera un pie de la nuca o el brazo derecho me coincidiera con la pierna izquierda?

El barón y Ottmar interrumpieron al pintor con una sonora risotada, se había esfumado la atmósfera de seriedad y el barón rompió a hablar:

—¿No decía yo que el viejo Franz es el verdadero *maître de plaisir*⁸ de nuestro pequeño círculo familiar? ¡Con qué énfasis empezó la discusión sobre nuestro tema! Y, sin em-

6. *cancerbero*: portero de bruscos modales. Etimológicamente, el cancerbero era un animal mitológico, un perro de tres cabezas que guardaba la puerta de los infiernos.

7. *marca de agua*: señal o marca transparente, únicamente perceptible a la vista a contraluz, hecha en el papel en el momento de la fabricación.

8. *maître de plaisir*: en francés, «entretenedor».



bargo, tanto más espléndido ha sido el efecto de la broma que soltó al final y que destruyó nuestra solemne seriedad como una potente explosión. De golpe hemos vuelto del mundo de los espíritus a la vida real, alegre y animada.

—No creáis —replicó Bickert— que he bromeado y hecho el payaso para divertirlos. ¡No! Esos horribles sueños me han atormentado de veras y puede ser que yo mismo los haya preparado inconscientemente.

—Nuestro Franz —intervino Ottmar— conserva muchas experiencias por lo que respecta a su teoría de la formación de los sueños; sin embargo, no ha sido muy encomiable su conferencia sobre la relación y las consecuencias de sus principios hipotéticos. Además, hay un tipo superior de sueños, y el hombre sólo los tiene en el sueño vivificador y beatífico que le permite atraer hacia sí los rayos del espíritu universal, al que se ha acercado tambaleante, esos rayos que lo alimentan y fortalecen con fuerza divina.

—Atiende —dijo el barón—, Ottmar volverá pronto a montar su caballo de batalla para cabalgar al reino desconocido que nosotros los incrédulos, como él sostiene, sólo podemos divisar de lejos, como Moisés la Tierra Prometida. Pero vamos a ponerle difícil lo de abandonarnos... Es una despacible noche de otoño, ¿qué os parece si continuamos juntos una horita, encendemos fuego en la chimenea y Maria nos prepara uno de sus deliciosos ponches, que por lo pronto podríamos tomar al menos como el espíritu que alimente y fortalezca nuestro buen humor?

Bickert levantó los ojos al cielo con mirada transfigurada y lanzando fuertes suspiros, y luego, rápidamente, y

adoptando una actitud de sumisa súplica, se inclinó ante Maria en una reverencia. Maria, que hasta entonces se había mantenido bastante callada y ensimismada, se rió a mandíbula batiente, como raramente solía hacerlo, de la cómica postura del viejo pintor, y a continuación se levantó de un salto para preparar solícita lo que el barón había dispuesto. Bickert estaba ocupado corriendo a pasitos cortos de un lado para otro, ayudó a Kaspar a acarrear la leña y, rodilla en tierra y vuelto hacia un lado, sopló la llama, repitió varias veces a Ottmar a gritos que demostrara que era su discípulo aventajado y bosquejara rápidamente un buen estudio de él, poniendo especial atención en el efecto del fuego y en los bellos reflejos que enrojecían su rostro en aquel momento. El viejo barón estaba cada vez más alegre e incluso mandó que le trajeran (cosa que sólo ocurría en los momentos más íntimos y placenteros) su larga pipa provista de una boquilla de un raro ámbar.

Cuando el fino y pasajero aroma del tabaco turco se extendió por la sala y Maria añadió en la ponchera de plata zumo de limón y el azúcar que ella misma había desmenuzado, a todos les pareció que los animaba un agradable espíritu hogareño y que el bienestar interior que éste producía debía inspirar y estimular el goce del momento de tal modo que todo lo de *antes* y de *después* perdería color e interés.

—Es curioso —dijo el barón—, pero Maria consigue preparar el ponche de una manera tan personal y excelente que apenas puedo disfrutarlo si no lo hace ella. De nada han servido sus instrucciones precisas sobre la mezcla de los ingredientes y todo lo demás... Una vez, en mi presencia,

nuestra antojadiza Katinka preparó el ponche a la manera exacta de Maria, pero no pude tragarme ni un solo vaso. Es como si Maria añadiera un conjuro que confiriese a la bebida un poder mágico especial.

—¿Acaso hay otra explicación? —exclamó Bickert—. Es la magia de la ternura, del donaire con el que Maria da vida a todo lo que hace. Ya el simple hecho de *mirar* el ponche mientras lo prepara hace que sea excelente y apetitoso.

—Muy galante —terció Ottmar—. Pero con tu permiso, querida hermana, no es del todo verdad. Convengo con el buen padre en que todo lo que preparas, todo lo que pasa por tus manos, también a mí me produce bienestar interior al saborearlo o tocarlo. Pero la magia que produce estos efectos yo la busco en relaciones espirituales más profundas, y no en tu belleza y donaire, como Bickert, el cual, naturalmente, todo lo reduce a esto sólo porque te ha hecho la corte desde que tenías ocho años.

—¿En qué queréis convertirme hoy? —exclamó Maria en tono festivo—. Apenas he superado las fantasías y los fenómenos nocturnos, cuando encuentras en mí algo misterioso y, si no dejo de pensar en el terrible comandante o en cualquier otro de su ralea, corro el peligro de convertirme yo misma en fantasma y asustarme de mi propia imagen en el espejo.

—Sería terrible —dijo el barón riendo— que una joven-cita de dieciséis años ya no pudiera mirarse al espejo sin el riesgo de tomar su propia imagen por una aparición fantasmagórica. Pero ¿cómo es que hoy no logramos deshacernos de ese fantástico testigo?